

La vivienda tradicional en Juchitán

Enrique Ayala *

Juchitán se desenvuelve en un permanente debate entre la tradición, patente en casi toda su cotidianeidad, y un afán de modernidad, que lo sacude desde sus más profundas raíces. Entre las diversas manifestaciones culturales en las que se libra esta contienda, destaca su arquitectura doméstica.

La tendencia modernizadora, que tanto ha socavado la riqueza arquitectónica de muchos pueblos de nuestro país, se ha hecho presente en Juchitán alterando la fisonomía de la ciudad sustituyendo nobles y viejos edificios, por formas que resultan bastante ajenas a las tradicionales formas de vida, y a las condiciones del clima local. Sin embargo, buena parte de sus habitantes aún habita y reconoce la vigencia de un “modelo” habitacional, cuyas raíces se hunden en un pasado muy distante. Ellos también han comenzado a percatarse de la irreversible pérdida que está sufriendo ese patrimonio, y demandan su preservación.

La ciudad

El espacio urbano y las edificaciones se niegan a mostrar buena parte del pasado de esta ciudad, que pareciera haberse detenido en algún momento del siglo anterior. Las construcciones no muestran ni siquiera su tradición colonial, y la responsabilidad de mostrar esta parte de su historia parece que únicamente corresponde a la traza urbana. Empero, la lec-



Palacio municipal de Juchitán. El portal forma parte del mercado.

tura de este trazado tampoco resulta una labor sencilla, pues la comunidad a lo largo de muchos años ha modelado de tal manera la ciudad, que podría decirse que en un solo espacio coexisten dos ciudades, y también dos historias distintas.

Las características de ciudad colonial se hacen patentes en su planta de “damero”, muestra de la presencia española, que de esta manera puso la impronta de su urbanismo en casi todas las ciudades que creó o refundó. La trama de Juchitán está realizada como en la mayoría de ciudades donde hubo intervención de los conquistadores hispanos: se trata de una retícula de calles paralelas y perpendiculares entre sí, cuyo centro se localiza en la plaza principal; en torno a la

cual se congregan varios de los edificios públicos más importantes, y también sirve por excelencia a la vida comunitaria de la población.

Las calles básicamente rectilíneas parten en dirección a los puntos cardinales y al intersectarse entre ellas dan lugar a manzanas rectangulares. Los principales edificios civiles de la ciudad se ubican alrededor de la plaza principal, aunque por su arquitectura se les puede identificar con las construcciones decimonónicas o de principios del siglo actual, pues todo rasgo de su pasado colonial ha sido suprimido.

En el oriente de la plaza principal hay un edificio con una arcada que corre por todo el frente de este espacio cívico. En

*Profesor investigador del Departamento de Métodos y Sistemas.

esta construcción, compartiendo en curiosa sobreposición el mismo lote, se encuentran los edificios del ayuntamiento y del mercado. Este último, aunque de factura reciente, comienza en los bajos del angosto edificio municipal y se prolonga hacia atrás, hasta ocupar la totalidad de la manzana.

En el extremo norte de la plaza se localiza otro angosto edificio público; al igual que el municipal, cuenta con un portal en todo el frente. Este inmueble por su escaso fondo resulta muy semejante al del ayuntamiento, probablemente haya sido construido sobre la plaza misma, acortando las dimensiones de ésta, ya que las dimensiones de la manzana sobre la que se asienta son inusuales y poco prácticas.

Hacia los extremos sur y poniente existen diversas casas antiguas de un solo piso, y algunos edificios bastante recientes, los cuales alteran notoriamente la antigua fisonomía del sitio por su mayor altura y por los materiales con que están contruidos.

El templo principal, dedicado al santo patrono del pueblo, se localiza frente a una plaza propia, cercana a la principal, fue reconstruido durante el siglo pasado, borrando muchos de los rasgos de su arquitectura barroca. Sin embargo, aún es posible apreciar en su planta y en algunos elementos ornamentales y de su estructu-

ra, ciertos rasgos típicos de la arquitectura religiosa colonial.

Sin embargo, la retícula ortogonal, principal vestigio de la presencia española no es la única traza que tiene Juchitán. A ella se sobrepone una segunda trama, tal vez menos visible, formada por callejones con anchuras y direcciones diversas que atraviesan las manzanas de planta regular. No sería raro que esta red de callejones, al igual que un cúmulo de manifestaciones de la cultura local, fuera también uno de los múltiples vestigios que, plenos de vitalidad, nos hablan intensamente de su pasado prehispánico.

Escenario de una cotidianeidad urbana más sutil y probablemente más profunda que la de las calles de la traza rectilínea, esta trama de callejones es el resultado de una forma distinta de entender la ciudad y la vivienda. Utilizando estas calles interiores, los habitantes suelen hacer sus desplazamientos cotidianos por la ciudad, y estas callejuelas son también lugar de encuentro ciudadano y escenario de la vida vecinal, difícil de percibir fuera de ellas.

A pesar de carecer de la formalidad, el orden y la regularidad características de las vías convencionales, y presentar inconvenientes para la vida moderna, como son las dificultades para instalar las redes de infraestructura o permitir el acceso de los vehículos, estas callejuelas continúan

construyéndose. En los ensanches más recientes de la ciudad pueden apreciarse características muy similares a las que existen en las partes más viejas, ya que es la manera que tienen los juchitecos de hacer la urbe.

La morfología urbana de Juchitán por la duplicidad de trazas adquiere ciertas características que también se presentan por partida doble. A lo largo de las calles de geometría rectilínea, las casas se alinean sobre la banqueta con visible predominio de la horizontalidad y de la continuidad en los planos de las fachadas. Estas cualidades derivan de que todas las construcciones son de un solo nivel; del uso de rodapiés y de que los tejados, muy notorios por su color y proporciones, corren en su mayoría paralelos al borde de la calle.

Las mismas casas que dieron a las de geometría rectilínea una perceptible regularidad formal, en los callejones manifiestan otro orden sobre esta traza. La volumetría arquitectónica es aquí más compleja y diversificada. Y desde estos callejones no sólo es posible conocer un segundo rostro arquitectónico de la casa juchiteca, sino también muchas de las actividades de la vida doméstica y varias de las labores productivas que suelen llevarse a cabo en los patios de esas casas, desde donde estas viviendas también se relacionan con la "ciudad superpuesta". Al contrario que en las otras calles, donde los sólidos muros aíslan de las miradas, sobre las callejuelas no existen impedimentos para la vista, ya que los solares suelen estar delimitados sólo por una alambrada.

Este singular orden urbano arquitectónico, sin embargo, comienza a ser alterado y con ello también a diluirse un importante rasgo de la cultura local, que ha hecho de esta ciudad un caso tal vez único en nuestro país. Los cambios en el uso del suelo han causado que varias de las viejas edificaciones hayan sido sustituidas por inmuebles que, por sus desacertadas concepciones urbano arquitectónicas, están llevando a la destrucción paulatina de la vieja ciudad.

Las nuevas edificaciones, amén de resultar en la mayoría de los casos inconvenientes para las características del clima local, no sólo alteran la morfología que se muestra sobre la traza de orden



La iglesia dedicada a San Vicente Ferrer, patrono de los juchitecos, es el único edificio que conserva vestigios de la época colonial.

rectilíneo, sino también de la ciudad cotidiana que existe en la red de callejuelas. Para construir los nuevos edificios se ha ignorado, o no interesa esta "otra ciudad". Ello acontece principalmente en el centro, donde el suelo alcanza precios más altos, y donde también se localizan las edificaciones antiguas de mayor valor arquitectónico.

En sus áreas de crecimiento, Juchitán se ha desarrollado de dos maneras: en las partes destinadas a los estratos modestos, se ha construido pese a la escasez de medios, en acuerdo a las usanzas locales. Mientras, en las partes donde se han establecido los sectores de mayores recursos, las nuevas casas, en un afán de ser distintas a las tradicionales, sólo han resultado ajenas al sitio, y paradójicamente muy semejantes a lo más insulso que ha hecho la modernidad arquitectónica en cualquier otra parte del país.

La vivienda de características urbanas

Juchitán, a pesar de estar constituido por un conjunto de barrios o áreas habitacionales diferenciadas entre sí, no muestra fácilmente esta estructura. Allí esas áreas poseen ciertas peculiaridades que las distancian del modelo que predomina en los barrios de la mayoría de las ciudades de México, donde los templos, por la tradición que se remonta a los tiempos



Los callejones constituyen una segunda traza urbana superpuesta.

prehispánicos, marcan los distintos barrios de una ciudad o de un poblado. En el caso juchiteco, los barrios resultan ajenos a esta tradición. Fuera del templo principal, los edificios eclesiásticos son pequeños y carecen del carácter focal, que en otros casos permite la distinción del barrio y le otorga una ubicación específica en la ciudad.

Un obstáculo para aproximarse a los barrios juchitecos es la forma de denominar las distintas áreas que conforman la ciudad, pues son nombradas como secto-

res y se distinguen mediante un número. Por ejemplo, se habla de los sectores dos, cuatro, etcétera, con los cuales los habitantes identifican perfectamente los diversos espacios del poblado. Otra forma usual entre los juchitecos de nombrar los parajes de la ciudad es según los puntos cardinales; de esta manera se habla de la gente "que vive por el camino del norte" o "por el del sur", etcétera.¹

Estas dos formas de denominar las partes de la ciudad no refieren a la existencia de barrios. La primera, bastante usual, es más bien de carácter administrativo, y la otra no define ninguna particularidad que no sea el rumbo donde se localizan las partes de la ciudad. Esta última, no alude con precisión la existencia de ciertos límites físicos.

Empero, esta inexactitud sólo es aparente, pues la ciudad ordena sus espacios urbanos, de acuerdo con las actividades productivas tradicionales, estrechamente vinculadas con la casa. La mayoría de las labores de antigua tradición —al igual que en otras partes del país— han sido agrupadas en áreas donde se puede reconocer la presencia de gremios o de conglomerados por especialidades productivas.

A semejanza a lo que ha sido característico en casi todos los poblados de nuestro país, en Juchitán estas labores se



La "modernización" de algunos edificios ha causado enormes daños al patrimonio edificado en Juchitán.

¹ Ursulino Rueda Saynez y Ma. Magdalena Rueda Jiménez. *Juchitán, pueblo típico zapoteca*. p.38.

efectúan en alguna parte de la casa. Es decir, se mezclan los usos habitacionales con los productivos. Situación que al ser común a todo un sector de la comunidad, define el carácter barrial del sitio, ya que favorece el establecimiento de vínculos sociales estrechos y permite la definición y la apropiación de un territorio específico.

Los barrios gremiales, pese a ciertas coincidencias con las secciones en que se ha dividido la ciudad, no son estrictamente equivalentes. Encontramos áreas en donde dos o más actividades productivas tienen cabida en determinada sección. Así sucede, por ejemplo, donde se agrupan los pescadores, los alfareros y los tejedores de hamacas;² mientras que otras no se caracterizan por ninguna ocupación en particular de sus habitantes.

Estas formas de organización de las actividades productivas y de la ciudad suelen no ser muy visibles desde la red de calles rectilíneas, sino desde los callejones. En esta segunda traza, con espacios relativamente más asibles para la comunidad, es donde se desarrolla lo que se podría denominar como la "mínima unidad de vida urbana", que es al mismo tiempo la más intensa.

Hacia estos callejones, las casas muestran sus patios y tal vez su frente más



La iglesia de un barrio. Los pequeños edificios son monumentos funerarios.

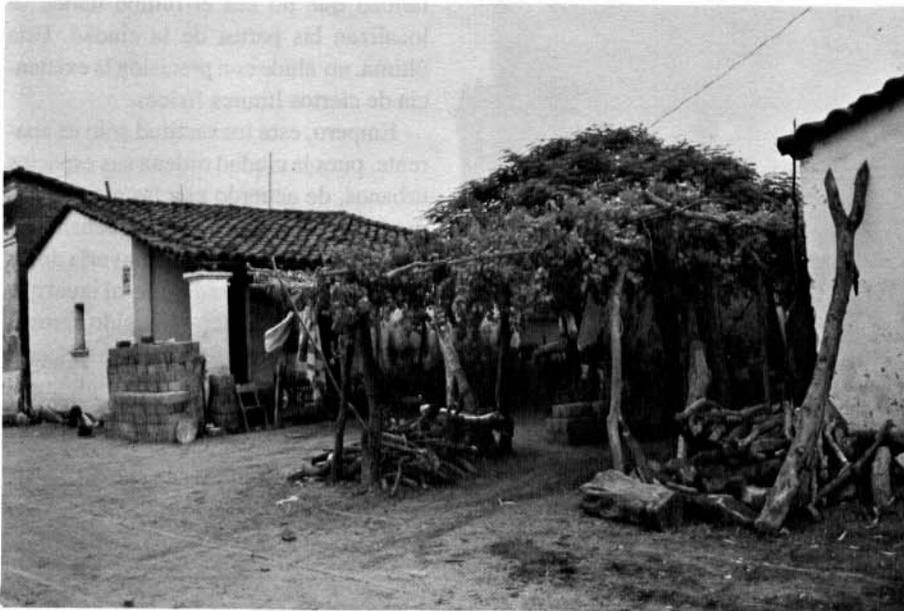
importante, que no es necesariamente la fachada que mira hacia la ciudad convencional. Los patios, junto a los callejones, constituyen el espacio comunitario de los habitantes de una manzana. También se muestra la cotidianeidad de lo doméstico, y es donde las casas, articulándose entre ellas, conforman una vida distinta y de mayor intensidad que en las otras calles. Los callejones, no por su aspecto físico sino por la forma de vida que permiten, son los que hacen especialmente singular a Juchitán. La cual, a pesar de su traza colonial, también puede ser un

sitio donde se perpetúan formas muy antiguas de concebir la casa.

La funcionalidad

La casa tradicional juchiteca cuenta con rasgos comunes tanto a las casas ricas como a las más humildes. Todas ellas comparten una misma "idea de morada", y establecen una relación semejante con el espacio urbano. Igualmente poseen en común una base de organización arquitectónica e iguales modalidades espaciales para sus distintos recintos y, siempre se edifican en una sola planta. Sus diferencias se manifiestan principalmente en la calidad de los materiales de construcción, la mayor o menor elaboración de los componentes arquitectónicos y su superficie de sus habitaciones.

En su forma más típica, la casa juchiteca consta de un amplio recinto de planta rectangular, cubierto por un tejado de una, dos y hasta tres vertientes. Este local se conforma en la masa arquitectónica más importante de la vivienda, se ubica siempre en el extremo frontal del predio, alineado sobre la calle rectilínea, y, en la mayoría de las ocasiones, paralelo al borde del solar. Aunque también llega a haber casas que tienen esta habitación dispuesta en posición normal a la banqueta. Cuando este espacio se ubica paralelo a la calle, en él se localiza el acceso a todos los recintos que conforman la vivienda. En la otra situación, el acceso se



En los patios se perpetúan viejas formas de vida doméstica.

² *Ibid.*, p.39.

logra por un pasillo descubierto que corre por un lado del edificio.

Otro de los locales fundamentales de la casa lo constituye un pórtico alargado que suele tener la misma longitud que el anterior. Al frente, este espacio cuenta con pilares sobre los cuales se apoya la cubierta, que puede ser la prolongación de la del otro recinto, o bien puede ser independiente, aunque siempre formando parte del mismo edificio principal.

En ciertas casas modestas este pórtico sólo ocupa dos tercios de la longitud convencional y en el resto se ubica la cocina, cuyo acceso se logra por dicho pórtico. Aunque no faltan casos en los que no existe un muro que separe las funciones que se realizan en ambos recintos, cuando la cocina no se ubica en este sitio, aparece como un local independiente que se adosa a uno de los muros del edificio principal, aunque siempre cercana al pórtico. En este caso el frente de la cocina se muestra sobre el patio.

Otro recinto de notable importancia en la casa juchiteca es el patio, que ocupa más de la mitad del predio, y aloja pequeños locales destinados a servicios, tales como baños y letrinas. En las casas ricas el patio se encuentra delimitado por muros y en las más humildes por una sencilla cerca. En él se localizan algunos árboles de sombra y otras plantas, además de las

“enramadas”, sencillas techumbres de varas y palma soportadas por horcones, cumplen con la función de proporcionar sombra para el reposo. En el patio también se ubica el depósito del agua y el pozo, o bien una llave surtidora.

El uso más importante del principal recinto techado es servir como dormitorio y lugar para guardar diversos objetos; sin contar para este último fin con algún sitio en especial. En esta habitación el mobiliario es siempre exiguo e invariablemente existe ahí un altar para los cultos familiares. El pórtico tiene las funciones diversas; ahí se desarrolla gran parte de la vida familiar y social, y sirve también como comedor, principalmente cuando la cocina forma parte del mismo. Su amueblado es el necesario para la realización de estas actividades y se compone de sillas, una mesa y otros asientos, que igualmente se utilizan para el reposo.

La cocina, cuando forma parte del pórtico, además de sus funciones específicas se utiliza como comedor y lugar para la reunión cotidiana de la familia. Cuando se ubica en un lugar aparte, sus dimensiones son lo suficientemente amplias para permitir los mismos cometidos.

Las actividades que se llevan a cabo en el patio son muy diversas, pues además de dar cabida a los servicios, se utiliza para actividades y almacenamientos diversos;

estos últimos muchas veces relacionados con alguna actividad económica. La función social que el patio satisface es de gran importancia, ya que no se reduce a recibir visitas y a la celebración de festividades, sino que es el sitio donde la vida doméstica se articula con la actividad comunitaria de los callejones.

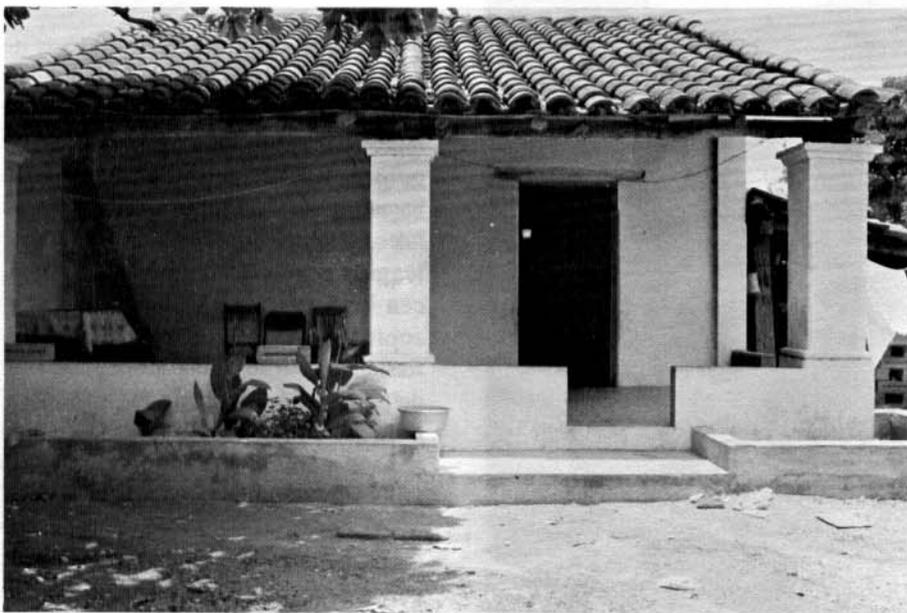
A diferencia de los patios de algunas otras casas en nuestro país, el de la casa juchiteca no posee un carácter intimista; es, por el contrario un espacio con una función preponderantemente social; busca relacionarse con la urbe. Y a través de él, y no de la edificación principal ubicada hacia la calle rectilínea, es que existe una relación más intensa de la casa con la ciudad. El sentido primordial del patio para la casa juchiteca recuerda la utopía de la *Ciudad Jardín*, donde las calles dotadas de vegetación, hacia donde se localizan los frentes de la vivienda, sirven para la realización de la vida colectiva, y las calles posteriores racionalmente trazadas, son para el servicio.

La morfología

La relación de la casa juchiteca con los dos escenarios urbanos a los que nos hemos referido imprime particularidades a la lectura que se puede hacer de su morfología, ya que no puede establecerse fácilmente la existencia de un solo frente o fachada principal, y simultáneamente la de una fachada trasera o secundaria. Si se otorga mayor importancia a los frentes que dan hacia la calle, que además de sujetarse a una traza rectilínea en ocasiones llegan a tener banquetas y hasta pavimentos, la lectura resultaría bastante parcial.

También lo sería si decidiéramos otorgar esa condición a los frentes que miran hacia los callejones, sólo porque es ahí es donde las casas muestran con mayor plenitud su condición habitacional, y contribuyen al enriquecimiento de la vida comunitaria. En este caso, la lectura se estaría refiriendo a aspectos no morfológicos.

Considerando estas peculiaridades de la casa y de la vida urbanas, lo más pertinente será considerar esta vivienda con dos frentes, cuyas características arquitectónicas no son opuestas, por el contrario, constituyen una unidad formal y una totalidad habitacional, cuya relación



Pórtico ubicado hacia el patio.

con el exterior tiene dos ámbitos distintos, pero complementarios.

El primero de estos frentes, ubicado hacia las calles de traza regular, está conformado por dos planos principales: el del paramento, con posición normal respecto de la banqueta, y el inclinado, que corresponde a la cubierta. En su sucesión a lo largo de las calles, estos frentes conforman un orden horizontal casi continuo, que sólo se ve levemente alterado por las variantes en las inclinaciones o en las alturas de las cubiertas, los huecos que dan paso a los callejones o los pequeños intersticios sin edificar existentes entre las distintas casas.

Ocasionalmente ciertas casas, en vez de tener sus cubiertas colocadas con sus planos inclinados paralelos a la calle, los tienen perpendiculares. Es decir, no muestran hacia la calle los tejados, sino los "muros piñón" o paredes triangulares que cierran los huecos laterales resultantes de las cubiertas de dos vertientes. No obstante, este distinto emplazamiento de algunas casas no resulta en una alteración del orden de la calle, dado que las características formales, en ambos casos son idéntica.

Los dos planos que constituyen los frentes de las casas paralelas a las calles no son superficies lisas. Las techumbres acusan la textura propia del material empleado, la teja de barro curva. Además de la presencia que tiene por su mayor relieve la cumbre, en los extremos de la



Casas modestas ubicadas hacia una calle rectilínea.

cubiertas se aprecian otros realces, que resultan de ciertas piezas colocadas en posición distinta a las demás, que tienen la finalidad de evitar que el agua de lluvia escurra sobre los muros piñón.

Los muros de las fachadas, por su parte, presentan ciertos relieves resultantes de las pilastras y los engrosamientos que hay en la parte superior de los muros. De esta manera, dependiendo de la luz que reciban, las fachadas adquieren sombras que rompen con la lisura del paramento, cuando éste carece de ornatos. Asimismo, la prolongación del tejado

más allá del límite del muro, proyecta sombras que realzan las cualidades plásticas de la casa.

Algunas casas adicionalmente poseen en sus fachadas ornamentos en bajo relieve, que no sólo enriquecen al edificio mismo, sino también la imagen de la calle. Otro elemento fundamental en la plástica de la casa juchiteca es el color, que se utiliza con un notable desenfado, y al igual que sucede con otras manifestaciones de la cultura local, la pigmentación no se aplica para la consecución de la armonía, sino del contraste, en combinaciones no menos bellas que audaces.

El color es aplicado en la mayoría de los casos sobre aplanados, aunque también se utiliza directamente sobre los muros desnudos. Aún en las casas más pobres, construidas con muros de bajareque, un soberbio cromatismo se hace presente. Esta misma utilización de los pigmentos y del relieve, que enriquecen los frentes de las casas ubicadas sobre las calles de trazo regular, se manifiesta sobre los frentes que, con el patio de por medio, ven hacia los callejones. Sólo que en estos casos su aplicación no se hace sobre un plano, sino sobre toda la volumetría arquitectónica.

Al contrario de lo que sucede con los primeros frentes, los que dan hacia los patios están compuestos de una diversidad de planos que se muestran tanto en sus muros como en sus cubiertas. Es



Los pórticos confieren a la casa una gran riqueza volumétrica.

decir, estas fachadas se conforman volumétricamente y no por el predominio de las superficies. Los tejados en esta parte de la casa suelen ser varios: el del pórtico; el de la cocina, (cuando se encuentra separada de la construcción principal) y la cubierta de la enramada. Todos ellos en su conjunto contribuyen a establecer una diversidad de planos.

Lo mismo sucede con los muros que los complementan volumétricamente y que se ubican en planos diferentes, provocando sombras muy acusadas. La profundidad del pórtico y las sombras que unos volúmenes proyectan sobre los otros, son parte de los rasgos distintivos de la imagen de estas importantes fachadas. Los pilares que sostienen el pórtico también contribuyen a la variedad formal que las singulariza. En ocasiones estos soportes acusan una geometría muy simple, pues están hechos únicamente para cumplir con su función estructural. En otros casos, los pilares o las columnas están dotados de fustes, basas y capiteles moldurados, que adicionalmente a los fines de sustentación a que sirven, revelan búsquedas de la belleza.

La variedad formal de estos frentes hace evidente que aquí no se pretende ya conseguir un orden regular. Cada casa con un emplazamiento y alturas distintas contribuye a dar a las callejuelas una extraordinaria diversidad de for-



Detalle constructivo en una casa modesta.

mas. Aunque no por ello deja de existir la unidad, pues todas las edificaciones están realizadas con los mismos códigos arquitectónicos.

La técnica y la constructividad

La casa juchiteca, independientemente del sector social que la utilice, posee cualidades espaciales semejantes que la hacen arquitectónicamente una sola vivienda. Cuenta además con un cúmulo de características constructivas tan afines para cualquiera de las casas del lugar;

dicha tecnología no puede ser más que un elemento que se ha hecho del dominio común a través del tiempo. Tanto los sistemas como los materiales de construcción son la típica herencia de las formas de edificación introducidas por los conquistadores españoles; aunque, al paso de los años, en Juchitán esta tecnología ha adquirido sus particularidades.

Sin embargo, la vivienda más humilde de esa ciudad, aunque en su organización espacial resulta semejante a la del resto de las casas, es construida con una tecnología más sencilla, con posibles matices indígenas. No obstante, no es opuesta, sino complementaria de la otra. Ambas, además de responder a un mismo concepto de casa, se sirven de los materiales que proporciona el medio, adecuándose cabalmente a las exigencias del clima y pertenecen a la misma tipología estructural de su cubierta.

Las casas pertenecientes a los sectores medios y altos están edificadas con muros de carga de tabique recocado de barro, y pilares o columnas del mismo material para el sostén de los pórticos. Para la construcción de las techumbres, que suelen ser de dos o tres vertientes, se utilizan tejas de barro. Se emplean estructuras de madera para los soportes de la techumbre.

En las casas más humildes, que resultan muy próximas en sus tecnologías a las casas campesinas de la región, se emplean los muros de bajareque y los



Pese a su sencillez constructiva la casa juchiteca posee características ornamentales.

horcones de madera como soporte de la cubierta, la cual suele ser de palma y se coloca sobre una estructura de madera rústica; misma que es capaz de soportar un tejado, cuando la vivienda comienza a mejorar y a adquirir rasgos más propios del ámbito urbano.

Fuera de estos ejemplos, la casa en su forma más típica se construye con muros de tabique de barro recocido, cuyos espesores varían entre cincuenta y sesenta centímetros. Cuando los muros están ubicados en posición normal al empuje de las cubiertas, se refuerzan con pilastras o estribos del mismo material, que se localizan a distancias regulares entre ellos. Asimismo, los muros cuentan con engrosamientos en su parte superior, del mismo espesor que los estribos, que también tienen la función de resistir los empujes diagonales que derivan las cubiertas.

Comúnmente los muros son revocados por ambas caras, aunque llegan a existir casos en que las caras exteriores se dejan aparentes, mostrando el aparejo. No sucede lo mismo con los interiores de las habitaciones, a los que siempre se aplica un revoque.

Los vanos para ventanas son escasos y de pequeñas dimensiones, lo usual es el empleo del dintel de madera; aunque en las casas de sectores de mayores recursos llegan a existir los arcos de piedra adintelados. Hacia los interio-



La casa juchiteca es un patrimonio cultural que debe preservarse.

res de algunas casas se utilizan alrededor de los vanos de puertas y ventanas los “derrames” o adelgazamientos en diagonal de los muros, que disminuyen el contraste entre la oscuridad del muro y la brillantez de las ventanas por el paso de la luz.

El soporte de los tejados es una robusta estructura de madera compuesta de varias piezas; su elemento toral es una gran viga de madera rústicamente tallada, denominada *plancha*. Esta pieza, empotrada por sus dos extremos en los muros, salva el claro menor de la habitación y sirve de sostén a un recio horcón perpendicular que se incrusta por su parte media. Este elemento llamado *tijera*, junto con los muros piñones, soporta una viga conocida como *sope*, que libra longitudinalmente todo el espacio.

Esta estructura se utiliza cuando el recinto principal de la construcción de la casa está cubierto por una techumbre continua de dos aguas o vertientes. Si este espacio es de una sola vertiente, el tejado se sostiene sobre una estructura simple, formada a base de *morillos* o vigas dispuestas transversalmente. Sobre estas vigas se apoya una de varas, carrizos o tejamanil, sobre la que se dispone la teja de barro, previa colocación de una capa de mortero. En los casos en que las techumbres son dos vertientes continuas, los morillos se apoyan sobre el sope y los dos muros que corren longitudinalmente.

El resto del sistema de techado siempre es idéntico al descrito.

Los tejados continuos de dos vertientes, además de cubrir la habitación principal, es común que se prolonguen por una de sus partes, de forma que esta extensión sirva de techo a la cocina y al pórtico. En estos casos los muros longitudinales, sobre los que se empotra la plancha, presentan alturas distintas, ya que cada uno de ellos se topa con la cubierta a diferentes niveles.

Las techumbres de los pórticos, cuando no forman parte de una sola cubierta, poseen idéntico sistema estructural al de la habitación principal, aunque en este caso los morillos tienen empotrado uno de sus extremos al muro, y el otro se apoya sobre una viga, que a su vez descansa sobre pilares u horcones, según sea el caso.

Los tejados en todas sus variantes se prolongan más allá de los planos de las fachadas, formando aleros. Estas extensiones poseen una estructura complementaria, compuesta de una serie de ménsulas de madera empotradas en el muro, que sirven también de soporte a una cama de varas o tejamanil, que es además el acabado que se da a dichos aleros por su parte baja. Los extremos libres de estas ménsulas están terminados en un perfil moldurado, que puede tener cualquier forma que evite que el agua de lluvia resbale sobre los muros.



Ventana con postigos en una casa juchiteca.

Los escurrimientos de la lluvia sobre los muros piñones son desviados gracias a la colocación de una doble hilera de tejas, es perpendicular a las demás piezas y sobresale del paño exterior de esos muros. Esto provoca que los extremos del tejado se levanten, formando junto con la cumbrera un borde que enmarca por tres de sus lados las superficies de las cubiertas.

La casa juchiteca, a pesar de su sencillez constructiva, constituye un ejemplo de las posibilidades plásticas que se puede lograr con un sistema constructivo simple. Al logro de esa plasticidad no sólo contribuyen los tejados con gran presencia en el paisaje urbano, sino también las fachadas, en las que las pilastras y otros engrosamientos en los muros producen sombras que enriquecen el volumen arquitectónico.

No obstante su sencillez, cabe recordar las “enramadas”, que tienen un lugar sobresaliente entre los sitios destinados al solaz. Estas construcciones están for-

madas por horcones de madera hincados en el suelo, que son el soporte de una retícula horizontal de ramas o delgados troncos descortezados, a manera de formar una pérgola, sobre la que se colocan las hojas de palma que constituyen la cubierta, y hacen de ellas lugares en extremo confortables.

La respuesta ambiental

A pesar de las transformaciones que a lo largo del tiempo ha venido experimentando la arquitectura doméstica de Juchitán, continúa hoy en día mostrando un cúmulo de elementos que permiten relacionarla con las arquitecturas mestizas de los siglos coloniales. Por un lado, la casa se muestra como el producto de tecnologías constructivas y materiales de origen español. Y por otro, el uso de sus espacios recuerda a las viviendas prehispánicas, de las cuales es una importante heredera.

En ella se manifiestan tres modalidades del espacio arquitectónico: el “cu-

bierto cerrado”, en la habitación principal ubicada hacia las calles de trazo rectilíneo; el “cubierto no cerrado”, en el pórtico, la enramada y en ocasiones hasta en la cocina, y por último, el espacio “descubierto”, que ocupa la mayor superficie de la casa y se revela en el patio.

De estas modalidades espaciales las que tienen el uso más intenso son las dos últimas; es decir, los pórticos y las enramadas por una parte, y por otra, el patio. Estos recintos junto con la cocina son los lugares donde se realizan las principales actividades domésticas y con frecuencia también algunas de las productivas, además de las sociales. Estos espacios se utilizan para casi cualquier actividad que tenga lugar durante el día.

Por el contrario, el espacio “cubierto cerrado” posee un uso esencialmente restringido a la actividad nocturna, al guardado de objetos y al culto doméstico. Aunque recientemente en este sitio tienden a llevarse a cabo ciertos usos que



A pesar de su sencillez las enramadas son fundamentales para la comodidad doméstica.

habían sido privativos del pórtico, como son la estancia y la reunión de la familia.

Precisamente en el uso preponderante de los espacios “cubierto no cubierto” y “descubierto”, estas casas muestran sus reminiscencias prehispánicas. La casa de las antiguas culturas de nuestro país, entre ellas la zapoteca, servía para una faena doméstica intensamente ligada a las labores productivas. Ambos tipos de actividades tenían lugar en los espacios “descubiertos” y “cubiertos no cerrados”, destinándose los recintos techados al descanso nocturno y al almacenamiento de enseres diversos.³

El clima del lugar, que durante varios meses al año llega a mostrar altas temperaturas, ha favorecido la preservación de estas tradiciones en la casa juchiteca, pues se trata de una arquitectura adecuada a las condiciones de humedad y temperatura del sitio. Sin embargo, existen otros importantes elementos que indican que sus características no se reducen simplemente a responder a las exigencias climatológicas; sino que atienden sobre todo a una forma muy antigua de entender y usar la casa.

El exiguo uso diurno de la gran habitación techada se manifiesta también por la escasez y el reducido tamaño de las ventanas, que hasta hace poco tiempo carecían de vidrieras y se cerraban sólo con postigos de madera, permitiendo únicamente dos opciones de iluminación: penumbra o el paso de toda la luz capaz de penetrar por ellas. La ventilación de los locales mediante este sistema tampoco es abundante. Esto, al contrastarlo con el intenso uso que tienen los pórticos, las enramadas y el patio, nos remite a su raigambre indígena, que se distingue más por el aprovechamiento que hace del clima y de la naturaleza, que por aislarse de él. No obstante, esta peculiar forma de vida doméstica de intenso contacto con el exterior, es cada día menos usual.

Igualmente, la exigüidad de muebles dentro de las habitaciones indica el poco uso que tienen durante el día. El mobiliario

se reduce a camas, catres o hamacas y a un ropero o un baúl; además de una mesa bajo el altar familiar, como complemento. Es decir, se trata de muebles para el descanso nocturno y el guardado de objetos y el culto.

Una actividad fundamental por su carácter aglutinador de la vida de la familia, como comer, tiene sitio en el pórtico o en la cocina misma. Espacios acentuadamente relacionados con los ámbitos exteriores. Para el estar, aunque hoy se utiliza frecuentemente el recinto techado, el pórtico no ha perdido su jerarquía, y la vida social continua teniendo ahí su lugar más importante. Allí se recibe a las visitas y a las amistades y, también sirve para el contacto con los sucesos que tienen ocasión en las callejuelas.

Estas maneras de ocupar la vivienda son el resultado de una historia de vivir la casa, que recientemente a comenzado a ser alterada, aunque por fortuna no ha sido aún lo suficiente para destruir su organización espacial. Los cambios experimentados en las formas de uso se deben sobre todo a la modernización de la vida doméstica. Es decir, son el resultado de adelantos como los electrodomésticos y las redes de servicio, que están modificando en su esencia las tradicionales formas de vivir.

Hoy se dispone, por ejemplo, de luz eléctrica, la cual no sólo ha modificado la función de los espacios, sino que ha hecho distintos los tiempos de la vida doméstica en cuanto a la duración del día. Asimismo, el acceso a diversos aparatos destinados al entretenimiento ha modificado hábitos, propiciando que la vida familiar sea cualitativamente distinta.

No obstante, la inevitable modernización hogareña aún se mantiene alejada de muchas de las formas tradicionales de la vida cotidiana en Juchitán. Los callejones continúan vigentes como la extensión de la casa sobre la ciudad. Los pórticos y las enramadas conservan su jerarquía como los sitios privilegiados para el ocio y la vida social. Y los servicios, por su parte, suelen todavía mantenerse distantes de la construcción principal, manifestando así que para la organización de los espacios todavía perduran razones distintas a las que hoy privilegian una eficiencia casi mecánica de la casa.

Las transformaciones que está experimentando la casa también han tenido repercusiones en el ámbito urbano. Las calles rectilíneas tienen cada día un uso más intenso, pues los recintos domésticos que se ubican hacia ellas cada vez se utilizan más durante el día, ya que la importancia del automóvil para la vida contemporánea ha transformado toda la historia de la casa y de la urbe. Igualmente, muchas de estas calles cuentan ahora con alumbrado eléctrico, posibilitando lugares y tiempos distintos de los tradicionales de la vida en la ciudad.

Conclusiones

Juchitán, como casi ningún otro lugar en nuestro país, ha logrado mantener con plena vida una serie de tradiciones, patentes en su cotidianeidad como en los grandes acontecimientos. Las fiestas, la indumentaria de sus mujeres y el habla local, son algunas de las manifestaciones que todos los días son recreadas, manteniendo con ello vigente la cultura y la historia zapotecas.

Bienes de igual magnitud son sus viviendas y la ciudad misma. Sin embargo, este patrimonio que durante largo tiempo se ha sabido conservar, en nuestros días, poco a poco se ha ido transformando; pero no con el sentido que tendría la recreación de lo existente, sino para verse disminuido y perderse ante la presencia de una modernidad que no otorga ninguna importancia a lo que no tenga un valor económico inmediato.

Sería deseable que los juchitecos, entre las demandas que tiene la vida moderna, igual que han preservado otras manifestaciones de su cultura al darles vigencia lograrán la conservación y la refuncionalización de su arquitectura doméstica y de su ciudad. Ya que son depositarios y responsables de la salvaguarda de este bien patrimonial, histórico y cultural.

³ Enrique Ayala Alonso. *La casa mexicana: evolución y rupturas*. Ponencia presentada en el Congreso iberoamericano 5º Centenario: Aventuras y desventuras de la arquitectura de Iberoamérica. Salamanca, España. Julio de 1992.